

## Martin de Ugalde (1921)

In: Basáñez, Jesús (bil.): *El humorismo vasco a través de la historia (siglo XVI hasta nuestros días). Trozos escogidos de 25 distintos autores y una breve nota bibliográfica de cada uno de ellos*, Gómez, Iruñea, 1965: 293-310.

Guipuzcoano. Nacido en Andoain. Periodista graduado (master of science) en la Northwestern University de Chicago, ha sido director de la revista *Elite* y es actualmente director también de la revista *El Farol*, ambas de Caracas; es profesor de Opinión Pública en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica *Andrés Bello*; ha ganado el premio de reportajes del diario *El Nacional*. Como cuentista, ganó el premio anual de *El Nacional* de Caracas en 1955 y el premio Sésamo, de Madrid, en 1961. Ha publicado las siguientes obras: *Imágenes de la Semana Santa en Venezuela* (1956); *Un real de sueño sobre un andamio*, cuentos (1957); *La semilla vieja*, cuentos (1958); *Iltzalleak*, cuentos (1961); *Cuando los peces mueren de sed*, reportajes (1963); *Ama gaxo dago*, teatro (1964), y tiene en prensa un volumen de cuentos titulado *Las manos grandes de la niebla*. Periodista notable y literato muy fecundo y destacado, ha obtenido en el campo de las letras grandes triunfos que le califican como uno de los mejores autores vanguardistas de Latinoamérica.

### Fracaso

Yo soy un empleado. Esto no parece gran cosa, ¿verdad? Hay que serlo durante muchos años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo, pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser obispo, sí señor! Eso era hace bastante. Yo tenía entonces como... ¡siete años! ¿Cuántos tengo ahora? Pues, setenta y dos. Los acabo de cumplir por San Juan. ¡Y lo recuerdo tan bien, ¡cará!!... Yo soy de Cumaná; ¡y por ahí debía haber comenzado yo para contar la cosa derecha!; pero ya está. Pues soy cumanés y amigo de los carupaneros.

Pues sí, yo tenía entonces siete años, padre y madre, mi hermanita Rosa y "Boliche", un perro tuerto que veía por dos, muy listo él. Todos fuimos a misa aquel día. Cuando llegamos nosotros a la iglesia, había muy poca gente. Mi mamá se alegró mucho, porque quería sentarse delante y ver enterito al obispo nuevo. Después es que comenzó a venir gente. Y a poco, la iglesia se llenó. Entonces encendieron luces, muchas luces. Y un muchachito vestido de rojo y blanco le dijo algo al oído a mi papá. Mi papá se volteó un poco y dijo también algo a mi mamá. Mi mamá se puso colorada, casi tan colorada como el vestido rojo del muchachito aquel. Entonces mi mamá me dio un tirón que me hizo levantar del asiento. Mi papá estaba ya parado, con Rosa en brazos. "Boliche", muy vivo, salió de debajo del banco y se escurrió entre la gente. Mi mamá me arrastró hasta donde estaba la gente parada. Mi papá se paró a su lado. Yo quedé a los pies de mamá. Ella estaba tan nerviosa que me estrujaba la mano, de agarrarme tan duro. Yo empecé a

llorar. Mi papá me miró sin decir nada. Rosa empezó a llorar también. Entonces mi mamá me pegó un bofetón. En la iglesia, llena de gente y silenciosa, se oyó un ruido hueco, como si hubieran golpeado el parche de un tambor. Toda la gente nos miró. Yo me callé asustado. Rosa también se calló. Mi papá miró de reojo a mi madre. Creo que mi mamá también se asustó.

No llores –me dijo bajito al oído–; ese banco es "pa las autoridades", ahí va a sentarse el "gobernadó".

Después comencé a pensar en el obispo, y cómo sería él. Y todavía encendieron más luces, ¡cuántas luces, cará!... Y salió el obispo, con un sombrero chiquitico y colorado, con la ropa colorada también. Los demás iban vestidos de negro, de negro y blanco. Y todos iban tras él. Le saludaban, le besaban la ropa, le volvían a saludar. ¡Ser obispo debía ser cosa muy buena, cará! Y para ser obispo, ¿qué habría que hacer? Yo me fijé en los muchachitos; estaban vestidos igualito que él. Sólo les faltaba el sombrero chiquitico aquel. ¡Acaso serían los hijos del obispo!... ¿Por qué no sería obispo mi papá? Cuando fueran grandes, aquéllos serían obispos también. Sí, así debía ser. Había tanta luz y me cansé tanto, que se me cerraron los ojos y me dormí. Cuando me despertó mi mamá, oí que me decía:

– Mira, mira al obispo, ¡qué bello!, se va...

El obispo bajaba entonces del altar, bendiciendo a la gente, rodeado de curas y de los muchachitos vestidos como el obispo...

Desde entonces, todo lo que veía de rojo me parecía de obispo. No paré hasta que mi mamá me hizo un vestido igual. Todos se reían de mí. Sólo mi hermanita y "Boliche" me miraban con admiración. Y con ellos solía jugar. De vez en cuando llegaba hasta donde estaba mi mamá y le decía:

– Yo quiero ser obispo, mamá...

Y era verdad.

\* \* \*

Yo soy un empleado. Esto no parece nada y es mucho. Hay que serlo por más de cincuenta años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser médico, sí señor! Esto me duró algo más que lo del obispo, porque mi papá se murió, y yo no lo podía olvidar...

Yo dormía entonces con Rosa, mi hermana, y "Linda", una muñeca con una pierna y la nariz rotas, a quien mi hermanita quería mucho, casi tanto como a "Boliche", que se dormía echado a nuestros pies. La habitación de papá y mamá quedaba al lado de la nuestra. Siempre quedaba la puerta abierta, y siempre que quería, sin moverme de la cama los podía ver. En la cabecera de la cama había una cruz, y más arriba de la cruz, un recuerdo de mi abuelo Jesús. Mi mamá me decía que ellos tenían dos Jesús en la cabecera, y los dos muy buenos, y que así debía ser yo también. Bueno, pues, una noche nos cerraron la puerta aquella. Yo no sabía que cerrando aquella puerta iba a tener tanto miedo. Rosa también se asustó, porque hacía todo lo que hacía yo. Hasta "Linda" creo que se asustó aquel día. Entonces nos pusimos a llorar los tres. A "Linda" no se le oía, pero ella también lloraba; yo lo veía, a través del cristal caliente de mis lágrimas. No

había otro remedio, y la puerta se abrió. Y entró Rosalía, mi tía, que lloraba también. "Linda", Rosa y yo nos llamamos a la vez; sólo de ver llorar a tía Rosalía; de la puerta, ya no me acordaba yo. Ella nos besó y nos besó... Y nos dijo que papá estaba enfermo; que él se iba a curar, pero que rezáramos por él. Y rezamos los tres: Rosalía, Rosa y yo. "Linda" ya no; ella estaba ahora como asustada: la nariz rota, con una sola pierna sujeta con un cabo de pabilo. Y vino el médico. La gente empezó a caminar apurada de un sitio para otro. Yo oía a través del murmullo de nuestros rezos, que mamá decía: "sí, doctor; no, doctor", y estalló en sollozos. Todos dejamos de rezar. Tía Rosalía se fue. Entonces miramos a través de la puerta. Papá nos miró también, blanco, con mucha barba, y nos sonrió un poco... "¡Papá!", gritó Rosa. La puerta se volvió a cerrar. Pero quedó dentro un hombre; era el doctor. Se acercó sonriente y nos acarició; tomó en sus manos a "Linda" y también la acarició. Rosa le preguntó a ver si podía curarle la nariz y la pierna. Por la otra que le faltaba no le importaba, ella la recibió así; había gente que tenía sólo una pierna, como Sebastián, "el mocho", que vivía en la misma cuadra. El le dijo que sí, que la iba a curar. Yo le pregunté si podía curar a papá. Entonces se dió cuenta el doctor que "Boliche" estaba allí, y le acarició. A mí no me dijo nada. Cuando salió, volvió a trancar la puerta. Yo ya no lloré, ni Rosa tampoco. Rosa le estaba diciendo a "Linda" que el doctor le iba a curar. Yo pensaba en el doctor, en lo bueno que era ser doctor; curar a la gente, saber más que nadie, y que todos estuvieran buenos por él. Y me dormí pensando en el doctor.

Al día siguiente nos llevaron al cuarto de papá y mamá. Papá estaba vestido, tendido en la cama. No nos miró, ni nos sonrió; sólo estaba así, como parado, pero echado en la cama, con el traje aquel que se vistió para ir a ver al obispo. Tía Rosalía nos dijo que lo besáramos, y lo hicimos, y le dijimos "adiós" con las manos al salir de la habitación. Cada vez que me acuerdo de mi padre muerto, me acuerdo del doctor. Yo no he vuelto a verlo más, pero me gustaba ser como él, con sus espejuelos, su chivita negra, sus ojos bondadosos...

\* \* \*

Yo soy un simple empleado. ¿Que no es nada? Hay que serlo por toda una vida para comprender. ¿Y saben lo que quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡Pues yo quería ser viejo, sí señor!...

En la misma cuadra donde vivíamos nosotros había una casita linda, llena de flores y de pájaros. Había nidos en los aleros, ¡muchos nidos! Flores en las ventanas y en el jardín, ¡muchas flores! Pues allí vivía un viejito muy bueno, muy alegre, que siempre nos llamaba al pasar a Rosa y a mí. Cuando por primera vez yo le llamé "viejito", creía que se iba a enfadar. Pero ¡qué va!; me sentó sobre sus rodillas, me dió una palmadita y me contó un cuento. Era un cuento de hadas, de príncipes y de pequeños animales. A él le gustaban mucho los perros, los gatos y los pájaros. "Boliche" le quería también mucho a él. El viejito se llamaba don Jacinto, y vivía solito en la casa. Rosa y yo le preguntábamos si no solía tener miedo en las noches. El nos decía que no, que nunca solía estar solo; que él vivía con sus recuerdos, y que los tenía muy buenos. Tan buenos me parecieron entonces esos recuerdos, que quise tener algunos para no tener miedo y estar siempre

contento como don Jacinto. El me dijo que los tendría, pero más tarde, cuando yo fuera grande, cuando yo fuera viejo, como él. Ser viejo, para mí, era caminar despacio, como caminaba él; ser dulce y tierno con los animales, con las plantas, con los niños, como solía ser él; tener barba, una barbita sedosa, blanca, donde quedaban unas gotas brillantes colgando cuando bebía, donde se perdían algunas migas de pan cuando comía; tener los ojos siempre riendo, siempre alegres, guiñando uno de vez en cuando, como lo hacía él. Ser viejo era también saber muchas cosas para contarlas a los niños, tener amistad con las hadas, con los príncipes y hasta con el Niño Dios, como tenía él. Ser viejo era tener aquel escaparate grande, negro, lleno de cosas; tener un caracol de mar enorme y rosado, para pegarlo al oído de vez en cuando y escuchar cómo murmuraban y hablaban las olas del mar. Ser viejo era para mí tener echados en el jardín a "Pije" y "Marino", dos perros enormes, canela y blanco, muy parecidos, que le lamían humildemente los pies descalzos a don Jacinto; y tener muchos pájaros, en las jaulas y en los nidos, cantando todo el día, como los tenía él...

Yo no sé lo que fue de don Jacinto desde aquel día en que mamá nos dijo que no podíamos volverlo a ver. Pero siempre me ha parecido cosa buena ser viejo y tener recuerdos. Hasta ahora, que he venido a caer... Ahora que soy viejo, no los quisiera tener. Ahí debe haber un secreto que hay que encontrar cuando se es joven, para que cuando uno llega a viejo tenga recuerdos donde escoger.

\* \* \*

Yo soy un empleado honrado. Estuve a punto de no serlo. La vida es cosa rara. Como me negó el obispado, no me dejó ser médico y me negó aquella vejez de don Jacinto –¡que aquello sí es vejez!–, también me ayudó a ser honrado. Aunque a veces dudo mucho si lo soy... Pero eso sólo queda para mí. Pero estuve a punto de ser un ladrón...

Yo tenía veintiún años. Y una novia que me quería mucho. Mercedes, además, era muy bonita. Mi mamá se había muerto ya. A "Boliche" lo pisó un camión. Y Rosa se había casado fuera de Cumaná. Yo me encontraba más solo que don Jacinto, porque me seguían faltando los recuerdos que a él le hacían tan feliz. Pero me quedaba Mercedes, y yo me quería casar. Para entonces era yo un empleado honrado a carta cabal. Porque a eso tiene que resignarse el empleado, a ser honrado; para hacer negocios, para hacerse rico, ahí está el patrón. Pues yo no adelantaba un centavo, aunque trabajaba hasta reventar...

No es que Mercedes fuera mala; eso lo sabe Dios y lo sé yo; pero sí tenía sus exigencias. Ella quería tener sus corotos propios: una cama, una mesa, unas sillas y algo más, muy poco más; y yo comprendo que eso no es exagerar. Yo, apenas si pude comprarle un anillo de compromiso, porque no me alcanzaba a más, y ofrecerle un montón de cariño, porque de eso sí le podía dar. Pero que de cariño sólo no se vive, me decía, y eso también era verdad, y me hacía esperar, esperar... Un día le anuncié que en dos semanas todo estaría listo: viendo cómo trabajaba, el jefe me quería ayudar. Y tuvimos unos días de felicidad. Elegimos la cama, las sillas, la mesa y algunas ropas, y los días brincaban de gozo, cantaban de felicidad.

Pero se rompió el hilo; un negocio del patrón salió mal, y se demoró la promesa; el hilo aquel se rompió por lo más delgado, por el empleado. Pero ante el aire dichoso de Mercedes, me callé. Mil veces me hubiera callado, sólo por verla sonreír. Me quedaban ya pocos días; ni Mercedes ni yo podíamos esperar... ¡Y robé! Y verán, ¡robé mal! Porque robar bien, saliendo bien las cosas, es como no robar. Por eso es que hay tantos que no roban y viven bien. Fue un billete grande que yo vi dos o tres veces en la gaveta de mi patrón. Era un cajón que casi nunca lo trancaba, no sé por qué. Y un día lo guardé; lo escondí en el zapato y me lo llevé. Pero créanme, y esto va en mi favor, me arrepentí en cuanto lo tuve junto a mi pie. Me hacía cosquillas, me dolía. Y esperé. Me fijé en la cara del patrón, como si lo viera por primera vez. Me pareció verlo preocupado, pero no dijo nada. Entonces me animé: alabando al patrón y alabándome a mí, mentí a Mercedes. Le conté el cuento de que aquello era un regalo del patrón por mi comportamiento. Ella propuso que fuéramos a darle las gracias y a invitarlo a nuestra boda. Pasé mis apuros, pero aquello también tuvo solución. Le dije que en la casa había muchos empleados, que todos necesitaban como yo. Que el jefe me recomendó mucha discreción. Ella accedió. Yo le entregué el billete para que ella lo cambiara en casa de don Niceto, un hombre que prestaba con interés y manejaba mucha plata. Después íbamos a comprar nuestras cosas. Y cuando me fui a acostar me escocía justamente el pie, y me dolía el corazón de tanto saltar. Aquella noche no dormí; pero cavilé, pensé mucho. Temprano en la mañana fui a ver a Mercedes. Le dije que yo mismo iría a cambiar el billete. Mi novia no supo decirme nada, me lo devolvió. Cuando llegué a la casa de don Niceto, aún era muy temprano por la mañana. Le hice levantar; el viejo estaba furioso, y estuvo a punto de echarme a la calle sin cambiarme aquel billete que me escocía la mano. El lo tomó por fin, me miró, se fijó en el papel, me miró otra vez, y se rió. "¿Ud. trabaja donde Rivero?", me dijo, "dígame que no mande papeluchos así; este billete es falso, y él lo sabe. Márchese y dígame a ese mamador que no estoy para bromas a estas horas... Ande, no se quede así, hombre, váyase, que ése es un mamadorcito así"... Yo me turbé más, no me moví. El, un veterano en cosas feas, ruin y malo hasta decir basta, cambió de tono y me hizo sentar. Entonces me preguntó, y yo le dije que sí. Me prometió no decir nada; delante de aquel hombre yo lloré, y a aquel hombre, manchado con mil fechorías, le besé la mano. Y salí. Llegué al trabajo antes de hora, dejé el billete donde estaba, y sin decir nada a nadie, me fui. Me vine aquí, a Caracas. Yo no vi más a Mercedes, ni le escribí. Todo sucedió así, como lo cuento. Yo soy un empleado honrado por casualidad...

\* \* \*

Llevaba unos días así, pensando en estas cosas. ¿Así eran los recuerdos? No, no podía ser. ¿Y si yo me volviera niño otra vez?... Sí, yo quería ser niño, arrepentido de querer ser viejo. Antes cuando era niño, soñaba con la vejez. Y yo soñaba, y soñando yo era feliz. Ahora que soy viejo; sí, ahora que tengo ese bojote de años encima, ¿quién me impide ser niño otra vez?... Y ahora que sé todas esas cosas, mejor... Y otra vez fui a ver al obispo. Acaso fuera el mismo, porque también estaba muy viejito. Fue aquí, en la Catedral. Cuando llegué ya era un poco tarde. Las luces estaban ya encendidas; también muchas luces, ¡cará!... Pero distintas. Apenas si había velas; todo era de electricidad. Se

me encogió un poco el corazón ante tanta gente, y quedé atrás. Pero la gente que me veía me iba abriendo paso, y yo avanzaba... "Malo, malo", me decía, "esto no es igual". Y sin darme cuenta me encontré frente al altar. Y volví a pensar en mamá, en papá, en Rosa, en "Boliche"; pero ninguno estaba allí. Allí estaba el gobernador, yo lo vi. El estaba sentado en una butaca; yo quedé parado, muy cerca de él. Entonces se levantó de su silla un señor, me la ofreció, y yo me senté. "Malo, malo", me decía, "esto no es igual". Muy cerca de mí, en primera fila, había una señora con un niño dormido en sus brazos. Después, cuando empezaron a cantar duro, se despertó. Yo le sonreí, él me miró; estaba sudando, cansado de estar allí. "Estos muchachitos de ahora", pensé, "no son como los de antes; no se dan cuenta de nada, no ven nada, están asustados de comenzar a vivir". Y entonces volví a pensar en papá, mamá, Rosa y "Boliche". Ninguno estaba allí; pero yo los tenía limpiamente ahí, en la cabeza, y me dio por soñar... Los ojos se me fueron llenando de luz, de luz, y apareció "Boliche", después Rosa; mi hermanita brincó sobre él; "Boliche" saltaba meneando la cola como cuando estaba contento; Rosa se reía, levantaba el brazo y me llamaba. Por fin se marchó y apareció papá. El estaba un poco serio, pero me acarició y me recomendó que fuera bueno; después me besó y se fue. Tenía la misma cara pálida y barbuda que la última vez que le vi en la cama vestido con las ropas con que fue a ver al obispo nuevo. Después no venía nadie más; entonces yo llamé a mamá. Y ella apareció sonriente, buena, me tomó en brazos y me besó. Entonces yo le dije que quería ser obispo. Su cara cambió; se puso seria primero; después se enfadó y me pegó un bofetón, que sonó igualito al golpe de un tambor... Entonces desperté. Se habían apagado las luces, yo estaba solo en la Catedral. Un muchachito vestido de obispo chiquito estaba en el altar haciendo fuerzas por levantar un candelabro que se cayó... Yo me levanté de mi asiento y me acerqué; quise ayudarlo; pero no pude hacer nada, aquello pesaba demasiado. "Esto pesa demasiado, abuelito", me dijo. Yo me ofendí. No le dije nada al obispito, pero se me encendió hasta la nariz; y, avergonzado de no sé qué, salí...

\* \* \*

Al día siguiente, a trabajar. Ser empleado es cosa triste. Es algo así como ser un mueble. Lo acomodan donde quieren para uso de los demás. "Fulano, déjeme esto allá; hágame esto; venga para acá"... Y cuando uno envejece es como un mueble viejo: se queda uno en un rincón. "Tráigame esto, viejito"... ¿Se le olvidó?... ¡Es que se está haciendo viejo, cará!"... Y muévase para acá, y váyase para allá; y eso se lo ordena cualquier mocoso. Y para no llegar ni donde un mueble viejo, ni lo retiran, ¡cará!... Si lo hacen, se queda uno sin su arepa. ¡Y cuando pienso que yo quería ser obispo! ¡Dígame eso! Pero yo nunca lo dije, ni lo diré tampoco, ¡cará!... ¡Cómo se reirían los muchachos! Pero eso del obispo ya pasó; debe ser cosa buena, pero ya pasó; es como si ahora, de golpe, quisiera ser mujer... Ahora me bastaría ser como don Jacinto. Aquel viejo sí era un viejo simpático, ¡cará! Todos los viejos debieran ser iguales. Y ¿por qué no lo son? Para eso no hace falta plata, ni ser sabio, ni nada... Pero tengo miedo de que viejo tampoco puedo ser. Cuando el obispito me llamó "viejito" yo debí contarle un cuento de hadas, de príncipes y de

animales. Pero me avergoncé y salí. Es que yo no sé nada, no tengo recuerdos... Sí, tengo algunos más, pero no son buenos, no son buenos, ¡qué va!...

### **Punto y aparte**

Hay hombres que han nacido para ser ricos, y otros que llevan el signo de la pobreza clavado en la frente hasta morir. Nadie ha descubierto aún la misteriosa ley que rige los destinos del hombre en la vida, pero a menudo se manifiesta el signo de lo fatal.

A J. E. no le va ni mejor, ni peor. Simplemente, le va mal. Ahora que ha llegado casi al final del camino, mira atrás y se asusta; delante de él no se atreve a mirar. Hay hombres que han nacido con el destino hecho; unos son ricos y buenos sin esforzarse; otros convierten la vida en una pelea constante de superación, y no consiguen sino caminar de rodillas, abatidos a cada golpe. A quien le ha ido tan mal aquí, ¿se resigna a sufrir las penalidades como una prueba o pelea sin desmayo para llegar a lo mismo, para morir? Bueno, y la muerte, ¿qué será? ¿Punto y aparte o punto final? Este laberinto le tiene enredado a J. E. Pero en esa misma interrogante de su futuro, después del punto, hay tesoros de esperanza escondidos, que son parte de la esperanza inagotable de la Humanidad.

Poco puedo hacer yo por J. E. cuando yo siento a menudo la angustia de la misma inquietud. Pero le voy a contar un sueño que tuve. Porque los sueños, cuando son puros, tienen algo de mensaje de eternidad.

\* \* \*

En una pequeña estación de provincia montaron dos hombres en un tren. El uno, un caballero distinguido, de unos cincuenta años, se entretuvo despidiéndose de sus familiares desde la ventanilla. El otro, un viejito desaliñado, arrastrando una pierna, con un zurrón a la espalda y un extraño bulto bajo el brazo, tomó asiento en el mismo compartimiento, y estuvo observándolo, enternecido. Cuando arrancó el tren, el caballero se sentó frente al anciano, dejó resbalar su mirada sobre él y quedó absorto observando el paisaje. El viejito parecía un poco azorado, y después de unos visibles esfuerzos, le saludó. El caballero lo vio apenas, se acomodó mejor y quedó mirando por la ventanilla. El viejito del zurrón hubiera preferido marcharse, pero tampoco a esto se atrevió. Y quedó rígido, molesto, hasta respiraba con precaución. Aquel tren no llegó a su destino. O llegó, es verdad. Cedió un puente que estaba en reparación, y el tren entero fue a caer al fondo de un terrible precipicio...

\* \* \*

De nuevo los vi juntos. Y también iban solos. El viejito, arrastrando su pierna, el mismo zurrón a la espalda y un extraño bulto debajo del brazo. El caballero, tocado de sombrero, atildado y desdeñoso, no avanzaba más que él, a pesar de su ligereza. Era un camino largo, largo, que se perdía como un hilo en el horizonte. A un lado y a otro, un

extraño paisaje de nubes blancas, y arriba, el cielo, de un azul intenso, donde brillaba un sol enorme que parecía reír a carcajadas.

El señor elegante iba cansándose visiblemente, mientras su compañero de viaje avanzaba a un ritmo igual, contoneándose graciosamente al compás de su cojera.

– Caballero –dijo dirigiéndose a su compañía–, usted está cansado, y hasta puede que tenga ganas de comer alguna cosita. Yo llevo algo en mi zurrón, que no debe rechazar por ser pobre. Ahí veo un hermoso árbol a la vera del camino. Podemos sentarnos, descansar y comer. Por lo que veo, este camino es muy largo, y no llevamos trazas de encontrar una posada.

– Muchas gracias. Me muero de envidia pensando en lo que puede esconder vuestro zurrón, y tengo unas ganas enormes de sentarme. Pero parece que os equivocáis, porque yo no veo ningún árbol que pueda ofrecernos sombra en este camino.

– ¿No lo veis señor? Estamos debajo. ¡Y esta grama como una pelusa que invita a echarse a dormir! ¿Que no la veis? ¡Es raro!... Pero vamos a comer, acaso el sol os ha hecho daño...

Yo tampoco vi árbol alguno. Pero cuando el viejito mostraba tanta satisfacción de estar allí, algo debía haber. Abrió su zurrón, sacó medio pan, un pedazo de jamón, un trozo de queso, y ofreciendo al caballero un enorme cuchillo de cachas blancas con remaches dorados, le invitó:

– Tome lo que le apetezca, sobra para los dos... Usted es del pueblo aquel donde subimos al tren, ¿verdad? Es raro, yo nunca me fijo en los nombres de los pueblos que visito. Yo soy músico, ¿sabe? Tengo mi guitarra. No debo tocar tan mal cuando vivo de lo que me pagan por oírme. Bueno, creo que también debe andar un poco por medio la caridad; pero yo siempre me he empeñado en creer que es por lo que toco. Y con eso me conformo. Yo me acomodo fácil a las cosas. ¡Es que no he tenido otro remedio! Primero empecé a protestar, pero eso no sirve... ¡Yo no tengo escuela ni nada! Apenas sé leer. Sólo sé tocar la guitarra... Pero usted debe ser un caballero importante, ¿verdad?...

– Yo lo era, sí, señor. Yo era el alcalde; casi todo el pueblo era mío; pero no sé nada más; en mi vida he leído un libro entero ni he aprendido a sacar una cuenta a derechas... Y, ¡créame!, ni me hacía falta.

– ¡Ah! ¿Usted es el alcalde?... Pues le voy a contar un secreto, señor alcalde: ese pan y ese queso que está comiendo ahora es suyo. Me lo dio su criada, compadecida de mi traza. Pero hay algo que no le favorece; me recomendó que me alejara del pueblo, porque su amo, el alcalde, no podía ver a un juglar pedigüeño; que tenía el alma muy negra, y que a ella le escandalizaba tan poca caridad... Y perdone usted la franqueza; pero como ha llegado la hora de aclarar todo en esa oficina de Dios, pues ¡no veo ninguna ventaja en engañarnos!

– Tiene razón. Y le propongo un trato. Para prepararnos a contar nuestra vida y milagros podemos recordar nuestras virtudes y pecados. Así podemos evitar olvidos. Y podemos hacer memoria de nuestros pecados.

– Me parece bien. Puede que tenga usted muchos, pero de mi boca va a escuchar usted unos muy gordos, que no sé, no sé...

– En mi familia, que yo recuerde, todos mis antepasados han sido alcaldes y ricos. No sé si empezaron siendo ricos o alcaldes; pero yo he descubierto que lo uno ayuda a lo



otro. Yo no he tenido necesidad de estudiar ni de trabajar. Nunca me ha gustado la escuela, ni me ha hecho falta el trabajo; y creo que eso no es cuestión de afición, sino de necesidad. Yo crecí como crecen los árboles, sin esfuerzo, y eso me parece a mí natural. Lo que no me parece bien es que haya pobres estudiosos, pero eso no lo puede uno remediar. Yo me dediqué a lo mío, a ser rico y a ser alcalde. Después me encontraron novia que tenía los mismos gustos y fortuna que yo, y me casé. En eso coincidí con los demás, porque los demás, también se casan; pero tampoco fue por vocación. Yo, para mi gusto, hubiera sido fraile. ¿Por qué? No lo sé; pero me parece que viven muy tranquilos, se les respeta, y de ñapa ganan el cielo. Porque eso sí, yo soy creyente, y he hecho muchas obras de caridad. Yo hice donación de un altar entero para la iglesia del pueblo, de un sagrario de oro, de una imagen de Nuestro Señor en tamaño natural; yo he ayudado a construir un hospital; he establecido una beca anual para nuevos sacerdotes; en fin, he hecho muchas otras cosas que estarán anotadas, sin duda. También habré cometido faltas, ¡claro es! Recuerdo, por ejemplo, que una vez robé plata de la iglesia: eran las fiestas patronales del pueblo, yo era muy jovencito; a la puerta de la iglesia había una bandeja donde los fieles iban depositando sus limosnas; yo pasé una vez, no me atreví; volví otra vez, tampoco; pero a la tercera alargué un poco más el brazo, cerré la mano y apresé entre dos dedos una moneda de plata. Pero yo la devolví, he devuelto mil. Después habré cometido muchos desaciertos, pero siempre he cumplido con mi deber. Yo tenía que seguir la tradición, y para poder dar a mis hijos lo que recibí de mis mayores, he tenido que defender mis reales. Yo tuve cinco hijos, se me murieron dos. El mayor ya es un hombre, se casó como yo, y estará a punto de ser alcalde, como todos. Esa es la vida, amigo...

– ¿Y eso es todo?...

– Bueno, ¡todo!; pero lo más importante, sí.

– ¡Pero usted es un ángel!... ¡Oigame a mí! Verdad que yo no tuve esos principios, pero ¡caray!... Yo sí he sido malo. Yo no conocí a mi padre, y empecemos por ahí. Mi madre me quería, no cabe duda, ¡la pobre!; pero, ¡bueno!, que me dejó también. Fui a parar a un orfanato; menos mal que había alguien que me daba de comer y de vestir; en medio de todo tuve suerte, porque hay otros que se la pasan debajo de un puente. Pero vea usted si fui desagradecido, que me escapé. Cuando cumplí los doce años, ahí mismo me fui. Los amigos de uno... ¡se puede figurar! ¡Con decirle que nunca he pisado una iglesia se lo digo todo! ¿Fraile, dice usted? Yo les tenía una rabia que no los podía ver; y eso porque uno de ellos un día me chafó la nariz por escupirle en el cordón...

– ¿Le escupió? ¡Jesús!

– Fue una apuesta. Mis amigos y yo vimos que otros se acercaban y le besaban; como eran muchachos bien trajeaditos y limpios a quienes no podíamos ni ver, se nos ocurrió escupir lo que ellos habían besado; el que no lo hacía tenía un castigo. Cuando llegué yo, era ya el tercero, y a mí me agarró... Otra vez, estuve en la cárcel; fue por robar una bicicleta; me cazaron en un dos por tres: yo no he servido nunca para ladrón. En cuanto mis amigos se dieron cuenta que no les ayudaba, me botaron. ¡Qué iba yo a hacer!, pues me dediqué casi a lo mismo, a levantar. ¡No mucho, ¡eh!, justo para comer! ...Casi siempre levantaba en el campo: una que otra gallina, papas, fruta... ¿No viene todo eso directamente de Dios?, ¡pues es de todos! ¡Eso es lo que he dicho yo siempre!...

De lo que hacen los hombres, de eso no he vuelto a robar más nunca: ni dinero ni cosa parecida. Entonces tomé el gusto por los paseos, por caminar por el campo, de un pueblo a otro. ¿Que se me rompía el pantalón?, pues lo cambiaba por alguno tendido en cualquier patio, pero robar, ¡no!, sólo lo cambiaba; alguna mujer lo compondría mejor que yo; eso también es justo, ¡caray! Más justo que tener una mujer que le remiende la ropa a uno. Porque también pasé por ahí. Pero antes he de decirle cómo me hice comediante, que a eso debo yo mucha de mi experiencia.

Llegué de noche a un pueblo pequeño donde actuaba al aire libre uno de esos grupos de desheredados que andaban como yo, pero en grupo, haciendo monadas. Me puse detrás de la gente, y estuve allí un rato. En medio de la función pidieron un voluntario para ayudarles en un número; no salía nadie. Al insistir otra vez, ofrecieron una pequeña recompensa para el ayudante. Entonces salí yo. Pero nada más verme en aquel círculo de gente que me miraba a mí, me dio pena, y quise devolverme; en mi azoramiento tropecé con una cuerda y caí; todos se rieron de la gracia; todos creyeron que yo era del grupo de comediantes, vestido de payaso, ¡figúrese usted mi facha, caballero! Pues ese fue mi debut, como dice la gente de circo. Allí me daban de comer y algunas ropas a costa de hacer reír por las noches, y allí aprendí muchas cosas útiles, como tocar la guitarra. Allí cometí también algunas tonterías, porque me casé con Eulalia, una muchacha flaca, pero bastante bonita, que se dejaba hipnotizar y era cómplice de otras patrañas. Con ella tuve dos hijos. Y viví en el circo hasta que me cansé de ella. Yo quería a mis hijos, pero, ¿con quién iban a estar mejor que con su mamá? Dejé a todos y me fui. Eso me remuerde la conciencia todavía; pero a lo hecho, pecho. Después volví a levantar, siempre cosas hechas por Dios para todos; tocaba la guitarra en los pueblos, sin fijarme cómo se llamaban ni a quién quitaba las gallinas, y así me hice viejo. Hasta hoy. Bueno, caballero, ya lo sabe todo. ¿Nos vamos?...

– Sí, debemos irnos. Pero, dígame, ¿nunca confesó usted esos pecados?

– No, señor. A mí me contaron las hermanitas del orfanato que Dios está en todas partes; pues eso basta; yo no le cuento mis cosas a nadie más. Bueno, ¿y qué adelanta usted con decírselo al cura?

– ¡Que me perdona los pecados!...

– ¿Todos, todos?

– ¡Claro que sí!... Siempre que se arrepienta de ellos.

– Y, ¿si los vuelve a hacer?...

– Lo mismo. Los curas perdonan siempre.

– Entonces, ¡yo he sido un tonto de siete suelas!... ¿Y usted lo hizo?

– Yo me confesaba todas las semanas, y comulgaba...

– ¡Caray! Pues eso ya no tiene remedio. Yo diré ahí que no sabía nada de eso. ¿Nos vamos?...

– Si en algo puedo servirle, me tiene a la orden. Acaso pueda interceder por usted...

\* \* \*

Es un tribunal extraño. Los dos hombres están de pie. Frente a ellos, en toda su Serena Majestad, Dios, sentado en un enorme sillón de nubes blanquísimas. Cerca de él, San

Pedro, con el aire un poco malicioso y socarrón del viejo pescador que ha cogido muchos peces gordos; entre ellos dos y los enjuiciados, una balanza enorme, compuesta de una columna de más de tres metros de altura, dos brazos enormes y, colgando de ellos, dos grandes platillos. El fiel, una aguja de más de un metro, marca cero en un cuadrante que forma un arco de casi media circunferencia. ¡Y qué silencio! Si se pudiera pesar el silencio de aquel tribunal, no habría balanza que lo midiera. El viejo del zurrón y el alcalde tiemblan de pies a cabeza. Pedro sigue mirándoles maliciosamente, sin mover un labio ni una pestaña. El anciano juglar está ya deseando llegar al infierno para escaparse de aquella tortura abrumadora del silencio absoluto. El alcalde hace un esfuerzo por recordar sus buenas acciones, para no dejar una sin relatar ante el Tribunal Supremo, y siente la angustia de la posibilidad de olvidar alguna. Y continúa el silencio absoluto, que es un silencio mucho mayor que el de la tierra...

– ¡La primera pesa!

Ha sido una voz como un trueno, pero sin dureza, una voz completamente nueva. San Pedro se pierde detrás de una nube, y regresa ágilmente con una enorme bola que lleva sin esfuerzo en una mano. La coloca en el platillo izquierdo, que cae violentamente sobre el piso de nubes. El otro platillo queda arriba, a unos cinco metros de altura.

– ¡El alcalde!...

Otra vez la voz. El alcalde ha recibido una terrible sacudida al oírlo, y sin darse cuenta siquiera ha llegado al pie de la balanza. Ahora se fija en la inscripción de la bola: "Tasa para un billete al Cielo". Y ahora tiembla más. ¡Si él apenas pesa cinco o seis arrobas! Ahora se queda mirando al platillo vacío que ha quedado arriba. Se acerca San Pedro, y hala de un mecate que cuelga de la plataforma destinada al alcalde. Viendo el poco esfuerzo necesario para levantar la bola, el hombre se anima. Da servilmente gracias al Portero, y se sienta en el platillo. San Pedro suelta la cuerda, y el pobre alcalde sale despedido hacia arriba. Ahora parece un loro, colocado en aquella altura.

– ¡Los cargos!

La misma voz de trueno, ahora un poco más áspera. El alcalde se fija en Dios, sentado en la misma actitud serena. El viejo del zurrón pasa la mirada del alcalde a la bola, y calcula el peso del altar, de la imagen de Nuestro Señor en tamaño natural y el hospital... ¡Porque seguramente que todo eso se pesa! ¿Y él? ¿Qué va a presentar él que pese? Y se acuerda de sus pecados. Aquel escupitajo al cordón del fraile no hay quien lo pese, ¡y en contra!...

Ha aparecido un ángel, con alas y pelo de algodón aún más blancos que las nubes. Se acerca respetuosamente, y le sopla algo al oído. Dios se incomoda un poco y dice:

– Cincuenta kilos en contra, por lo del hospital.

San Pedro corre detrás de la nube, y añade una bola al platillo que está en el suelo. Sigue el ángel hablando al oído divino y otra vez aquella terrible voz:

– ¡Cien kilos más en contra por lo de mi imagen!

El alcalde está, aterrorizado, arriba. El viejo de la guitarra no sabe qué pensar de esta extraña manera de enjuiciar las virtudes, y calcula que a él no le salvarán ni cincuenta apisonadoras colocadas en la balanza junto a él.

– ¡Treinta kilos en contra por lo del altar!

– ¡Veinte kilos por lo del Sagrario!

– ¡Cien kilos en contra por lo de las becas!

– Señor –dice humildemente el alcalde desde arriba, levantando un poco su temblorosa voz–, yo creí siempre que con esas cosas hacía el bien...

– ¡Pero no bastante! Abajo se olvidan de las faltas de omisión. Esas no las confiesan. ¡Con sus medios debiera haber hecho muchísimo más! ¡Otro cargo!... Bueno; hay muchos más, pero es inútil; como no tiene a cuenta ni una sola virtud, ¡pasaje para el averno!...

Y estalló un trueno horrible.

El alcalde se puso a llorar y a lamentarse. Pedía una última oportunidad. Quiso despedirse del viejito, pero no le dejó San Pedro, y se lo llevó donde estaban las pesas de cargo, detrás de la nube. Cuando regresó el Portero, ya vino solo. El viejito de la guitarra y el zurrón estaba aterrado. Se sorprendió al descubrir una pequeña sonrisa entre las barbas blancas de Dios.

– Viejito, acérquese. ¿Qué es lo que lleva usted ahí?...

El juglar se acercó un poco, quiso sacar su guitarra y vaciar el zurrón al mismo tiempo. Pero tanto le temblaban las manos que no acertó a hacer ni lo uno ni lo otro. Entonces se le acercó San Pedro amistosamente, y mientras le ayudaba en este quehacer le sopló confidencialmente al oído: "No tengas miedo, Joaquín, que vas a quedarte aquí conmigo. Esa sonrisa vale como mil kilos en la balanza"...

– ¡Ah! ¿Con que usted es músico?...

– Sí, Señor.

– El que es músico no puede ser del todo malo. Póngale, Pedro, la guitarra en su platillo.

San Pedro se apresuró a bajar el platillo vacío, halando del mecate como antes, y colocó la guitarra dentro; con gran sorpresa del juglar, quedaron los dos platillos a la misma altura. ¡Nunca pensó él que pesara tanto esa guitarra!

– ¿Y qué lleva usted en ese zurrón?...

El viejito sacó los restos de queso, pan y jamón que quedaron de la comida en el camino.

– ¡Ah!, muy bien. Póngalo, Pedro, también en la balanza...

San Pedro le preguntó:

– ¿A favor o en contra?...

– A favor...

– Mire usted, Señor –se atrevió a intervenir el viejito–. Yo no quisiera engañar a nadie. Esos alimentos se los robé al alcalde... O por lo menos los robó su criada...

– Usted los necesitaba de veras, ¿verdad? Pues, está bien. Después compartió sus alimentos con el alcalde, ¿no es verdad?...

– Sí, Señor...

– Pues eso está muy bien, ¡caray!... (Dijo: "¡caray!"). Pedro, ponga el zurrón en la balanza.

Cuando lo puso, el platillo quedó pegado al suelo.

La bola estaba allí arriba.

– Ahora, siéntese, Joaquín, en su platillo y cuénteme todo. No necesito ángel de la guarda, me fío de usted... Dígame, ¿algún que otro pecadillo?...

– Mire, Señor, para ser franco, y ya que ha sido tan bueno conmigo, yo escupí una vez el cordón a un fraile...

– ¡Ay, ay!... ¿Cuándo fue, y dónde?... Pedro, búscame esta falta en el archivo. Y mira si aquel fraile llegó ya.

Y Dios quedó mirando, agradecido por su franqueza, al viejito sentado al lado de la guitarra y el zurrón. San Pedro salió corriendo hasta perderse detrás de otra nube, y regresó al momento con un libro bajo el brazo y acompañado de un fraile viejito y sonriente.

– Padre Ambrosio –le preguntó Dios–, ¿reconoce usted a este señor que está en la balanza?

– No, Señor; pero por lo que veo está bien sentado... ¿Cómo está, señor?

El viejito del zurrón parecía un poco apabullado; pero, francamente, no reconocía al fraile. ¡Hacía ya tantos años! El fraile tampoco parecía reconocerlo.

– Pues declara, Padre Ambrosio, que un día, hace cincuenta años, escupió una vez vuestro cordón...

– Pues, francamente, Señor, no recuerdo. ¡Hace tanto tiempo de eso!. Pero será verdad. Si me permite mi juicio, Señor, yo creo que eso con medio kilo estará bien...

– Y está bien, Padre Ambrosio, usted es el agraviado. ¡Pedro, medio kilo en contra!... Puede irse, Padre Ambrosio. Y usted... Joaquín, ¿algún pecadito más?

– Bueno, uno muy gordo que me ha remordido siempre la conciencia: el abandonar a mi mujer y a mis hijos...

– Bueno, ¿pero le ha remordido la conciencia de verdad?

– ¡Ah!, eso sí, Señor...

– Pues ya está. Otro pecado, pero más gordo, más gordo, porque esas son pequeñas cosas. ¿No hay más?

– Pues no sé a qué puede referirse, Señor...

– ¿Ha calumniado alguna vez?

– No he tenido tiempo para eso, Señor.

– ¿Ha negado pan al hambriento, o se ha beneficiado a costa de la dignidad de los demás?

– Tampoco...

– Está bien, Joaquín. Váyase, que ahora le veré a menudo. Y, ¡ah!, tiene que tocar esa guitarra de cuando en cuando.

– Sí, Señor...

El viejito se fue con su zurrón y su guitarra debajo del brazo en compañía de San Pedro. En aquel momento apareció el ángel de alas blancas que hizo los cargos del alcalde, y acercándose al trono de Dios, le dijo:

– Acaban de ordenar abajo dos misas diarias durante un año en favor del alma del alcalde, Señor. Eso iría en su favor.

– Claro, claro... Póngale medio kilo.

– ¿Medio kilo? Tiene casi dos mil en contra...

– No le hace. ¡Con medio kilo está bien!... Y, oiga, dígame, ¿qué han hecho por el alma del juglar?

– Pues no sé, Señor; no tiene ni familiares ni dinero... Sólo encontraron el zurrón y la guitarra: con eso no podrían pagar el entierro...

– Está bien, está bien, ni le hace falta.

Y al mismo tiempo que se deshacía la nube, Dios desapareció.

(De su libro *Un real de sueño sobre un andamio*)